

Para hacer vér que esta palabra *Hebdomada* no quedó vagando en el vaticinio, à fin de que el arbitrio humano la determinase; bastará observar, si el espíritu que habló à Daniél, contrajo la dicha voz hebdomada à cierta medida de tiempos; y si tambien significó qual era esta. Una vez que en la misma profecía se encuentre el valor de tiempos que el Oráculo quiso dar à una de las setenta hebdomadas, no queda lugar à juicios humanos. No atendamos para conocer esto, à todas las setenta semanas juntas, sino à algunas de ellas; y como en estas pocas se descubra la intencion de la profecía, tenemos abierto el sentido y valor que quiso dar à todas.

XVIII.
El mismo Oráculo determinó el valor de cada semana à siete años.

Tres partes hizo el Oráculo de estas setenta semanas. A la primera parte dió las siete primeras; à la segunda sesenta y dos; y à la tercera, una semana sola, que es la última, y llena el número de las setenta. Mostró claramente el Angel quanto valor de tiempo queria dar à las siete primeras semanas juntas: con que se puede inferir de aqui, quanto tiempo le cabe à cada una de dichas siete, y despues à cada una de las setenta: porque lo que se diga de una, vale para (*) todas.

Las primeras siete semanas fueron el plazo que fijo el Oráculo entre el expediente (1) ò decreto de Artaxerxes, para que se reparase à Jerusalén, y su egecucion en el restablecimiento de la plaza y muros de dicha Ciudad. Veamos ahora qué años corrieron en todo esto, y tendremos hallado el tiempo que valian dichas siete hebdomadas.

Pues

(*) Nada es tan voluntario y sin fundamento como el diferente valor que algunos quisieron dar à estas hebdomadas.

(2) Dan. cap. 9. Ab exitu sermonis, usque iterum edificetur Jerusalem hebdomadas septem.

Pues la (1) salida de dicho decreto ò edicto de Artaxerxes fue el año 20. de su Imperio, ò el 10. desde que reynó solo. El restablecimiento de los muros y plaza de la Ciudad se acabó à los quarenta y nueve años despues: hechas siete partes de estos quarenta y nueve años, le caben à cada una siete años: vé aqui siete hebdomadas de años.

Tambien por la mitad de la ultima semana señala tres años y medio, ò 1290. dias (2). De aqui se conoce que habló la profecía de semanas de años. Esto es conforme al estilo de contar que tenian los Hebréos (3); y no dejó de usarse por Varron (4), Apolodoro (5), y otros antiguos de los profanos.

¿Por qué no daremos el valor de siete años à cada una de las otras sesenta y tres semanas? falta toda razon y fundamento en el texto de Daniél para desigualarlas, como algunos presumieron (6) hacer con la última: pues para que fuese la semana santa ò mayor, ò mas bien, porque alcanzase à los tiempos de Trajano, le dieron el valor de setenta años. Todas son iguales en el Profeta à las siete primeras, excepto la última que está *abreviada* en la mitad, y once dias mas. Luego todas setenta son de siete años cada una, y de $3\frac{1}{2}$ la mitad de la última. Segun esto el periodo entero de tiempo asignado por el Oráculo, que se cumplirá en la muerte de Christo, son 486 $\frac{1}{2}$ años. Presto veremos à quien quadra el fin de su cumplimiento.

Ccc 2

La

(1) Jul. African. de septuaginta hebdom. & in lib. 5. Chronograph. Apud Euseb. 1. Chron. & D. Hieron. in cap. 9. Dan.

(2) Dan. 12. v. 11.

(3) Ezech. 4. 6. Apocal. 13. 5.

(4) Varr. lib. 1. de hebdomadibus, apud Gell. lib. 5. cap. 10.

(5) Apolod. Biblioth. lib. 3. cap. 4.

(6) Euseb. lib. 8. demonstr. apud D. Hieron. ibid.

XIX.

Todas las semanas son iguales, ni es mayor la última, sino la abreviacion de todas.

XX.
No es así indife-
rente la palabra:
...Ab exitu sermo-
nis, por estar
determinada por
la siguiente: *Us-
iterum aedificet-
ur Jerusalem.*

La mala costumbre, introducida por los Filósofos, de fingir hypotesis sobre quanto se trata, aunque sean cosas de hecho, no ha respetado ni aun los Sagrados asilos de las Escrituras santas ni sus verdades. Con este nombre de hypotesis (menos digno de los casos que se refieren ò anuncian en los libros revelados) se ha tomado cada uno la licencia, que les ha dado la fuerza de su ingenio para hacer refloreecer algun error de Porfirio, ò para formar alguna opinión singular sobre el principio y fin del periodo de las setenta semanas. Pero diciendo claramente la profecía, que estas hebdomadas debian comenzar desde que salió el decreto, para que otra vez se edificase Jerusalem, no queda algun color para retrotraer el principio de la cuenta, ni para adelantarlo.

Con esto se nota la voluntariedad de algunos (1) que han querido comenzar à contar las semanas desde que nació Cyro, para ir à concluir las en el año que Antioco Epifanes profanó el Templo y lo robó, haciendo otros muchos males en Jerusalem. Abusan para esto que llaman hypotesi, de un lugar del libro primero de los Macabéos. Pero el Autor del libro de los Macabéos ni en el *¶*. 17. del cap. 1. ni en el *¶*. 57. donde se hallan las palabras usurpadas: *Aedificavit Rex Antiochus abominandum Idolum desolationis super Altare Dei*, dá con ellas motivo para aquella congetura.

¿Qué cosa mas leve, que por leerse (entre los sacrilegios que cometió Antioco) que edificó un abominable Idolo de desolacion sobre el altar, destruyen-

(1) Marsham: Canon Egypt. saecul. 18. P. Harduin. de 70. hebdom. Dan. advers. P. Lamy.

yendo el ara sacrosanta, sin mas ni mas, que al sonido de estas palabras hacer venir aqui el fin de las semanas de la profecía de Daniél? ¿Quedó por ventura establecida para siempre la desolacion del Templo y de la Ciudad despues del fin de la guerra que hizo Antioco? Esto es lo que prometió Daniél, y en la guerra de Antioco se halla todo lo contrario. Porque el fin que tubo esta guerra fue el establecimiento del Reyno de los Macabéos ò Asmonéos. ¿Disipó tampoco ni destruyó Antioco à la Ciudad ni al Templo, como anunció Daniél (1)? Ni desoló à la Ciudad y Templo, ni los disipó; sino solamente lo profanó (2).

Porque duró tres años así profanado, quieren acomodarle aquellas palabras tan fuertes de Daniél: *Statuta desolatio*, y las otras: *Et usque ad consummationem & finem perseverabit desolatio*. Al Sacerdote Onias hacen llenar el lugar de el Christo, que se an uncia muerto en Daniél. Y segun discurren y varían los Autores de estas hypotesis, vienen à dar, entre muertos y ungidos, seis ò mas Christos en la profecía: Cyro, Zorobabél, Nehemias, el Sacerdote Jesus, Onias, y Judas Macabéo: quando un solo Christo habia de cumplir los titulos de *ungido de muerto*, y de Santo de los santos.

Para ajustarle à Onias aquella otra expresion de Daniél: *No será jamás su pueblo este que lo negará*, les basta el que dicho Sacerdote haya muerto sin heredero, porque aunque le quedó un hijo, llamado tambien Onias, éste no se atrevió à pedir el Sacerdocio que habia costado la vida à su padre; y por

(1) Dan. cap. 9.

(2) 1. Machab. cap. 1.

XXI.
Es sin fundamen-
to el querer in-
terpretar el va-
ticinio de Da-
niél por la pro-
fanacion que hi-
zo Antioco.

miedo de Menelao, que lo usurpaba, se retiró à Egypto. ¿ Quien dirá que esto poco es bastante para decir de Onias despues de muerto, *que no sería mas suyo el pueblo, que le habia negado?* ¿ Negó el pueblo à Onias? ¿ Le negó tampoco su hijo, à quien dan el nombre de pueblo? Además de estas inconseqüencias, tienen dichas hypotesis otras muchas quiebras y disonancias con el texto de la profecia.

XXII.
La ruina de la Ciudad no se anuncia dentro de las setenta semanas, sino para despues.

Todo muestra mejor quan conforme es al vaticinio de Daniél la venida y muerte del Mesías. En éste se cumple todo à la letra. Y aunque las setenta semanas abreviadas en sesenta y nueve y media, se cumplen en el dia de la muerte de Cruz, y la ruina de la Ciudad y Templo, no sucedió hasta algunos años despues (que es una dificultad que algunos hacen y no desatan): pero si atendemos bien à las palabras del vaticinio, la ruina de la Ciudad y del Santuario, que *causará el egército con el Gefe que sobrevendrá*, es un suceso que se anuncia como continuacion de la muerte de Christo, y del fin del periodo. Ni dice precisamente que esta ruina ha de sobrevener, luego que Christo sea muerto, y el pueblo reprobado: Solo anuncia estos fatales efectos que traherá sobre la Ciudad el colmo de sus delitos; mas no dice el instante.

No obsta tampoco que se exprese el fracaso de la Ciudad y Templo antes de hablar de la ultima semana; porque no siempre ajustan los Profetas el orden de las palabras con el orden de los sucesos que anuncian. Además que yá antes habia hablado de las cosas de la ultima semana, quando expresó la muerte de Christo.

Finalmente, todo lo que en este vaticinio se pro-

promete ò amenaza, no debe suceder precisamente dentro de las setenta hebdomadas; sino unas cosas en el fin de ellas, como la muerte de Christo y la reprobacion del pueblo; otras antes del fin, como la reedificacion de los muros y plaza de Jerusalén, y otras despues del fin; como la ruina perpétua del Templo, Ciudad y Synagoga, la dispersion del pueblo, y la abominacion de su desolacion, que perseverará hasta la consumacion y fin de los siglos.

§. VI.

Lo undecimo y ultimo, habian sido anunciadas por los Profetas otras particulares señales, que concurririan en el Nacimiento del Mesías: Como los nombres de *Manuel*, que quiere decir *Dios con nosotros* y tambien el nombre de *Jesus*, por el oficio de salvar à los hombres. Ambos títulos son expresos en Isaías (1). Asimismo, el que quando viniese reynaria una gran paz en el orbe (2) de la tierra; de modo que fundirian las espadas, lanzas, y máquinas de batir, en azadones, escodas y rejas de arado para la agricultura, artes, y otros utensilios domésticos.

Por conseqüencia de esta paz no habian dejado los Profetas de advertir que se oiria en todo el mundo, en medio de este silencio, el rumor ò fama del Nacimiento del Mesías; y que se conmovieran las gentes al tiempo de venir el que deseaban (3); y que

XXIII.
XI. Carácter del Mesías, sus nombres, su potestad y su culto.

(1) Isaí. 7. 14. Et vocabitur nomen ejus Emmanuel. Et cap. 12. v. 3. Au- rieris aquas in gaudio de fontibus Salvatoris. Et cap. 62. v. 2. Ecce Dominus auditum fecit in extremis terræ, dicite filie Sion, ecce Salvator tuus venit, &c. Abac. cap. 3. v. 13. & 18.

(2) Psalm. 71. (3) Aggæi cap. 2. v. 7. Quia hæc dicit Dominus exercituum: adhuc unum modicum est, & ego commovebo cælum & terram, & mare, & aridam: Et movebo omnes gentes, & veniet desideratus cunctis gentibus, & implebo domum istam gloria.

vendrían à ofrecerle dones los Reyes de Arabia, de Tarsis, de las Islas, y los de Sabá ò *Sábios* (1). Estas y otras marcas menores que habian de sellar y distinguir el tiempo de la venida del Mesías y su persona, son tan freqüentemente repetidas en los libros sagrados, que no se pudiera hacer mencion de todas, sin citar las mas de sus paginas. ¿Quién dudará, que si las señales que se han expresado concurren en el Nacimiento de Jesus, sea éste el Mesías prometido à las Naciones, y el Autor de la Iglesia grande, donde todas entraron, y se hallan unidas? No falta pues sino que convinemos con el nacimiento de Jesu-Christo las profecias y caracteres que dejamos anotados. Tomarémos el mismo orden.

§. VII.

XIV.
Convino à
Christo el I. ca-
racter del Me-
sias, que es el
ser hijo de Dios.

El primer caracter que habia de convenir al Mesías, digimos, que seria el ser y llamarse hijo de Dios. Tambien fue esta la primera idéa, que se dió de Christo, quando se anunció su Encarnacion à la Virgen. „ Este, que se concebirá y nacerá de „ tí, le dice el Angel, será grande, y le llamarán „ hijo del Altisimo. “ Se cumplió esto despues en toda la vida de Christo. En el Jordán le llamó Dios expresamente *su hijo amado* (2). En el Tabór, delante de suficientes testigos, volvió à oirse la voz de su Padre, haciendo otra vez esta declaracion (3). Los mismos demonios, obligados por su virtud

om-

(1) Psalm. 71. v. 9. 10. Reges Tharsis & insule munera offerent; Reges Arabum & Sabbá dona adducent. Isai 60. v. 6. Omnes de Sabbá venient, aurum & thus deferentes.

(2) Matth. 3. v. 17. Et ecce vox de caelis dicens: hic est filius meus dilectus, &c. Simi iter. Luc. cap. 9. v. 35. Et Epist. 2. Petr. cap. 1. v. 17.

(3) Matth. 17. 2. 5. & 2. Petr. cap. 1. & Marc. cap. 9. & Luc. cap. 9.

omnipotente, le daban el proprio nombre. ¿Qué tienes (1) con nosotros (le decian) *hijo de Dios*? Los Príncipes de los Sacerdotes y Fariséos le (2) acusaron por esta fama. Cayfás le preguntó sobre lo mismo, conjurandole en el nombre (3) del Señor para que le dijese si era Christo, hijo de Dios. Aun delante del suplicio le cantaban en tono de fabula lo que no era sino fama pública: *Si es hijo de Dios* (4), *baje de la Cruz*. De modo que su misma invidia les hacia confesar lo que aborrecian.

Con estos documentos argüía San Pablo à los (5) Hebréos, probando la divinidad de Jesu-Christo. „ ¿A quién de los Angeles, les pregunta, dijo „ Dios: *Tu eres mi hijo; yo te engendré hoy*? Y otra „ vez: *Yo seré su Padre, y él será mi hijo*?” A continuacion de este lugar cita otros muchos de las Escrituras que hablaban del hijo substancial de Dios; y todos se los hace vér cumplidos en Christo.

Lo mas es, que congregados una vez los Fariséos, les preguntó el mismo Jesus: „ ¿qué os parece de la persona de Christo? ¿De quién es hijo? „ Y diciendole ellos, que de David, les volvió à „ preguntar: ¿pues cómo David lo llama Señor, donde dice: *El Señor dijo à mi Señor: sentaos à mi diestra*? ¿Cómo David llamó à su hijo *su Señor*? Y ninguno de los Fariséos se atrevió à responderle „ una palabra, ni à preguntarle desde aquel dia: quedando convencidos de que Christo era hijo de

Tom. III.

Ddd

Dios,

(1) Ad Hebr. 1. v. 2.

(2) Matth. 27. v. 59. 61.

(3) Ibid. v. 63. Tu es Christus filius Dei?

(4) Matth. 27. v. 40.

(5) Paul. ad Hebr. cap. 1. à v. 5.

394 LIBRO I. PARTE II. DISERT. V.
Dios, segun la naturaleza divina; è hijo de David
segun la naturaleza humana.

§. VIII.

XXV.
Le convienen
los otros VI. ca-
racteres de hijo
de Abrahán, de
Isac, de Jacob,
de Judas, de Je-
sé, de David y
Salomón.

De aqui resulta que à Christo le pertenecieron los otros seis caracteres, conviene à saber, el ser hijo de David, de Jesé, de Judas, de Jacob, de Isac, y de Abrahán. No hubo otra nacion tan diligente en conservar la claridad de los origenes y estirpes de las familias, como la Hebréa. A este cuidado los movian diferentes derechos, inherentes siempre à sus Tribus y lineas. Pero los que eran de la Tribu de Judá tenian otro interés especialismo, que era la esperanza de ver nacer en su casa al Mesías.

Los Evangelistas San Matheo y San Lucas no fueron menos solícitos en texer la Genealogía de Jesu-Christo. El primero comienza desde David (1) hasta Abrahán, y baja otra vez desde Abrahán, de abuelo en abuelo, hasta el mismo Christo, por Isac, Jacob, Judas, y asi de los otros. San (2) Lucas procede ascendiendo desde San Joseph, de cuya Tribu y Familia era la Virgen nuestra Señora, y sube por Salomón, David, Judas... hasta Abrahán, hasta Noe, hasta Adan.

No digan que estas Genealogías se ordenaron al placer, como sucede en muchas de los Personages del siglo. Faltaban à los Evangelistas todas las

(1) Matth. cap. 1. §. 1. Li. c. Generationis Jesu Christi filii David, filii Abraham.

(2) Luc. 3. §. 23. &c. Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur filius Joseph, qui fuit Heli, qui fuit Mathán, qui fuit Levi... qui fuit David... qui fuit Salmon... qui fuit Jacob, qui fuit Isac, qui fuit Abrahã... qui fuit Sem, qui fuit Noe... qui fuit Seth, qui fuit Adan.

DE LA EXIST. DE LA RELIG. CHRIST. 395
las causas de sospecha que suele haber en las historias y nobiliarios de las naciones. No vivia temporalmente Jesu-Christo quando los Evangelistas escribieron su nacimiento y ascendencia. No se la compusieron recién nacido en una cuna de oro, y en frente de un Padre como Augusto; asi como el Poëta cantaba sus elegantes mentiras sobre la generacion y nacimiento de Polion (1). Tampoco, despues de haber fundado algun sobervio Estado, y dejado en él algun hijo que le vengáse de sus enemistades, ò premiáse à sus aduladores.

Habia yá muerto, ¿y cómo? con un genero de suplicio abominable: sus enemigos quedaron dominantes en toda la Provincia; y habiendo primero perseguido su vida, siguieron despues de muerto, tras de su memoria. Convirtieron su nombre en un proverbio ò señal de infamia. Hacian porque en todas partes le llamáran el *suspense*, ò como si hoy dijéramos *el ahorcado*. Quando Isaías (2) lo vió y consideró pendiente en el suplicio, sin forma, sin decoro, y tan destruido que se deseaba en él aun la figura de hombre, despreciado y hecho el ultimo de todos los nacidos, cubierto de llagas, de enfermedad y de horror, à manera de un leproso; de suerte que nadie le juzgára por el que habia sido primero; se admiró, y temió *si habria quien escribiese despues y cantase su Generacion*. Si habria quien hiciese su Apología, mostrando que éste era el hijo de Dios, y de una augusta Virgen. *Porque habia sido como arrancado de la memoria de los vivos.*

Ddd 2

Con-

(1) Eclog. 4. init.

(2) Isai. 53. à §. 2... 8. Generationem ejus quis enarrabit? Quia abscisus est de terra viventium, &c.

XXVI.
No hubo quien
negase entonces
las genealogías
que publicaron
los Evangelis-
tas. Era conoci-
do por hijo de
David.

Contra todas las esperanzas y respetos humanos escribió poco despues San Matheo su Real Genealogía, y la publicó entre los Hebréos en su propio idioma. ¿Cómo no hubo uno que mostrase lo contrario en una gente tan sabia de los orígenes de sus naturales? Antes à San Matheo siguió San Lucas, mostrando desde Adán que Jesu-Christo era el primogenito de los hombres. Y ultimamente, San Juan cogió su origen è historia desde el principio de su eternidad.

Mas es, que San Pablo, tan zeloso antes por las tradiciones de sus mayores, y escribiendo à los Hebréos, les proponia à Christo del linage de Abraham (1) por Isac, Jacob, David, y por los demás Padres, en quienes estaba preordenado el Mesías. Y repitiendo ésto infinitas veces de Christo, yá à los Romanos (2), y yá en otros lugares (3), jamás temió que ninguno le replicase. Pero aun los ciegos en todo Israël conocian à Jesus Nazareno por el hijo de David. Con este nombre le invocó Barthimeo en el camino de Jericó (4), y otros dos ciegos à la puerta del Príncipe de la Synagoga (5), y à su vista.

Un pueblo entero, quando lo vió sanar al que era mudo, ciego y sordo, le aclamaba por este título, y admiraba en él una cosa mayor (6). Los niños, la turba y toda Jerusalén le recibieron con las

(1) Ad Hebr. 2. 16. Semen Abrahæ apprendit... in eo enim in quo passus est ipse, & tentatus est, &c.

(2) Rom. cap. 1. v. 13. Qui factus est ei ex semine David secundum carnem, & cap. 9. v. 5. 7. 10. Quorum patres, & ex quibus est Christus.

(3) Ad Timoch. 2. cap. 2. v. 8.

(4) Marc. cap. 10. v. 47.

(5) Matth. cap. 9. v. 27.

(6) Matth. 12. v. 23.

las mismas aclamaciones (1). Finalmente, en las Tablas Censuales del Imperio que se formaron por el edicto de Augusto Cesar, fueron numerados Joseph y Maria, que iban para esto à Belén, quando nació Christo; porque eran de la Casa y Familia de David (2). Por conclusion, no hubo uno de quantos conocieron à Christo, que le dudase, ò negase estas qualidades de hijo de Abraham, de Isac, de Jacob, de Judas, de Jesé, de David, de Salomon, que estaban prometidas al Mesías.

§. IX.

El octavo y mas privilegiado carácter del Mesías, à saber, que naceria de una Virgen, convino à Christo tanto mas claramente, quanto no hubo jamás otro con quien equivocarle. Aunque los Gymnosofistas cuentan el mismo honor de Budda su Principe, haciendolo nacer del costado de su madre virgen (3); esta virgen sería como una, cuya historia he visto pintada y escrita en el libro antiguo de las *Cantigas* del Rey Don Alonso el sábio de la Real Biblioteca del Escorial. Virgenes, que solo temen parir. De estos milagros se fingieron muchos para Iliá la madre de Romulo y Remo, para Olimpias la madre de Alexandro, y para la de Scipion. No faltó lo mismo para Homéro, para Platon, para el Sileno, y para otros, à quienes quisieron hacer expectables por sus nacimientos; ò cuyos orígenes

XXVII.
El VIII. carácter de ser hijo de la Virgen solo conviene à Jesu-Christo.

fur-

(1) Matth. cap. 21. v. 9.

(2) Luc. cap. 2.

(3) D. Hieron. contr. Jovinian. lib. 1. cap. 26.